

## *El color de la ausencia*



Ella se fue para siempre de este mundo. Consuelos, apaciguamientos, sosiegos, esperanzas, consejos... me llegan de todos lados – como el viento -, pero lo mismo a mí me duele, o me duele más cuando me hablan, pues nadie sabe lo que es realmente, estar en mis zapatos. Mi tristeza se empecina y me duele en la boca del estómago, se retuerce y pareciera que mis ojos húmedos, pretendiesen aliviarla y que mis hombros se esforzaran, procurando soportarla.

Desde la ventanilla del auto del cortejo, observo la inmensa bóveda del cielo. Escribiré su nombre entre las nubes, utilizando la más grande de las nubes y así dejaré grabado en el azul del cielo, el nombre de la mujer que tanto amé. Y hasta de noche se verá en el cielo mi recuerdo, pues la iluminaré, robándole unos rayitos al radiante sol...

Equivocarse... ¿No se habrán equivocado? Ese estigma, esa duda que persigue al hombre como la sombra al cuerpo. Y solamente me repito una y mil veces, que todo ha sido un error, que todo es una cruel mentira, que lo que me han dicho los médicos no es verdad... que no puede ser que haya muerto. Pero si, es verdad...

Aliviado, tan solo por instantes, mientras los recuerdos no vuelvan a asaltarme en tropel, desesperados, como si quisiesen tornarse nuevamente en realidad... pretendo respirar. Y en cada alivio, consigo hacer entrar una pequeña bocanada de aire puro, hasta lo más profundo de mi cuerpo. ¿Para qué recordar aquellos momentos en que sufrimos juntos... si con lo que tengo ahora, ya es suficiente para sentir en plenitud el sufrimiento de estar solo?

Hasta el sol de hoy, nunca jamás, nunca volvió a sucederme, de poder contemplar otra sonrisa dulce como la de ella, aquella que me regaló y quedó para siempre impresa en mi memoria, antes de entrar en coma hace unos días. Las otras sonrisas que me cruzo a cada rato, no me dicen nada o me dicen... tan solo, lo que yo quiera interpretar.

Esas pastillas aburridas, esos médicos aburridos, esos sueros aburridos... todo era tan igual y doloroso en el desolado final de su ingrata enfermedad. Todo se transformo en una triste balada inentendible y lenta, lamentable.

Inmerso en un baño de miedo, presiento mi futuro negro y sin ella, para siempre. Sobrevuela tenaz mi tristeza y hasta el sol, hoy me parece gris, muy gris. Mis lágrimas saladas van cayendo desde lo alto de mi angustia y desesperadas, buscan hundirse en mi llagado corazón.



En mis bolsillos encuentro dos pequeñas estampas religiosas. Hasta ayer eran mi máximo tesoro, mi fuente de esperanzas, mi balsa en medio del océano... pero hoy, luego de comprobar que de nada me sirvieron, las siento muy vacías, huecas... Hay incluso en una de ellas, dos ojos fríos que me miran, traspasando mi esperanza rota, fracasada, desilusionada. Nunca más, se fundirá la nieve de mis ojos y será blanco todo lo que mire.

Tan fácil que muere el ser humano y sin embargo, cuanto que también puede aguantar. Ella soportó por mi y nuestros hijos, todo lo que pudo... Mis palabras se mueren y caen de mis labios, en un silencio atroz que me desangra. Sentí en mis labios el frío de su muerte, cuando hace un rato me despedí de ella. Es mentira que la muerte es solo un sueño. El tiempo cesó en su paso y se me transformó en arena humedecida, entre los dedos.

Ella, no está. Y yo sigo viviendo en el presente, en ese instante infinito y eterno que jamás nos abandona. Me pregunto en mis adentros, que es la vida. Vida acaso es esa brisa que en sus caprichos, me despeina. Vida acaso es esa brisa que en sus alas, lleva el beso que envío a la que tanto amé. Pero vida es también el rumor de las hojas del ciprés, mecidas por la brisa y el calor, que me devuelven a la triste realidad de comprobar que ella, nunca más... Nunca más.

Y por la calle larga regreso hasta mi casa, en silencio. Con una soledad de mil colores, pero que parecen demasiado iguales entre sí. Empiezo a desear que me alcance el olvido, que se adueñe de mí, que me haga esclavo. Empiezo a desear que aparezca un oasis en tanta soledad... pero estallo en un llanto de niño abandonado, traicionado *¡¿Por qué te fuiste?! ¿Por qué...?*

Al otro día, hecho a andar el teléfono para recuperar los mensajes. Lo primero que escucho es la voz de ella, en el contestador... Y me sabe a néctar, a miel pura, como si fuese la melodía más hermosa que produjo la creación...

- *Bueno, voy para allá. Te mando un beso* - me dice y al mismo tiempo, suena el timbre de la puerta de calle.
- *¡Yo sabía, yo sabía que no estaba muerta! ¡Yo sabía...!* – exclamo, mientras mi corazón da un vuelco y siento que salta ingrátido, mi cuerpo.

Pero era el portero del edificio, para avisarme que hace cinco días vencieron las expensas. El mensaje en el contestador, era del día antes de internarse ella, por última vez... Otra vez la realidad, pero sin ella... ¿Podré?

*fin*